

cristiano se hace mencion ó memoria de la Santísima Virgen y de los santos. Este hecho ya no es dudoso despues que dichas liturgias se han reunido, comparado y publicado; la mayor parte de ellas existen desde los primeros siglos, aunque no se hayan escrito hasta el siglo IV. Las sectas orientales, aunque separadas de la Iglesia romana por espacio de mil doscientos años, han conservado como ella el culto y la invocacion de la Santísima Virgen y de los santos. Se hallan las pruebas de esto en la *Perpetuidad de la fe*, tom. 3, pág. 489, etc.

Esta devocion es un origen de abusos. Tal es el grito general de los protestantes: Bayle, segun su costumbre, ha ridiculizado de un modo impío el culto tributado á la santísima Virgen; le compara al que los paganos rendian á Juno, y sostiene que aun es mas extremado. *Dict. crit., Junon*, M. Dice que aquel culto no ha comenzado en la Iglesia hasta tres ó cuatrocientos años despues de la ascension de Jesucristo; que ha nacido de la propension natural de todos los hombres á imaginar la corte celestial semejante á la de los reyes de la tierra, en la cual las mujeres tienen mucho poder; del interes sórdido de los sacerdotes y de los monjes, que han visto que dicho culto era muy lucrativo, de los falsos milagros que se han forjado, etc. Piensa que la disputa entre san Cirilo y Nestorio, y la condenacion del último, contribuyeron, aunque por accidente, á aumentar el culto de la Santísima Virgen. Pero por una contradiccion que es muy comun en él, juzga que cuanto bueno se ha dicho respecto á Maria, proviene naturalmente del título de *Madre de Dios*, y que aun limitándose á la sola cualidad de *Madre de Jesucristo*, como queria Nestorio, resultarian las mismas consecuencias. *Nestorius*, M. N. Pretende que en 1693 la Sorbona condenó con demasiada blandura los errores y las visiones contenidas en el libro de Maria de Agreda: los rumores que aquella censura excitó entre los devotos de la Santísima Virgen demuestran, segun él, que los errores y los abusos de la Iglesia romana son incurables, *Agreda*, B. D. C.

A estos varios clamores responderemos desde luego en general, que si es necesario cercenar todo aquello de que se puede abusar, debemos destruir toda religion; una de las objeciones mas comunes de los ateos es la de sostener que es imposible que no se abuse de la religion, y aun el mismo Bayle era de esta opinion.

¿Qué hay de comun entre el culto que tributamos á la Virgen y el de una divinidad

del paganismo? Los paganos suponian á Juno igual en naturaleza y poder á los demás dioses, le atribuian pasiones y vicios, la envidia, el odio, los caprichos, la venganza y el furor; la honraban con prácticas absurdas y licenciosas. Nosotros, al contrario, hacemos profesion de creer que Maria es una criatura pura, y que solo tiene para con Dios un poder de intercesion, la honramos á causa de sus virtudes y de las gracias que Dios le ha concedido; y preguntamos, ¿á qué erimenes puede dar lugar este culto? Si algunos falsos devotos han forjado fábulas, milagros falsos y errores, lo han hecho en los siglos primeros, la Iglesia los ha reprobado siempre, y no perdona medio para desengañar á los fieles.

Ya que, segun la confesion de Bayle, el respeto, la confianza y la devocion hácia la Santísima Virgen se desprenden naturalmente del título de *Madre de Dios* y de *Madre de Jesucristo*, ¿cómo ha podido creerse que los cristianos tardasen tres ó cuatrocientos años en sacar una consecuencia tan clara y en seguir el pensamiento natural á todos los hombres? En 431 el concilio general de Éfeso se celebró en una Iglesia dedicada á la Santísima Virgen, y no se dice que aquella dedicacion fuese reciente. Segun una tradicion, la santa Madre de Dios habia vivido en aquella ciudad con S. Juan, y allí habia terminado su vida mortal; esto era bastante para que su culto fuese allí mas brillante que en otra parte. Cuando el concilio hubo confirmado la augusta cualidad que le era atribuida por los fieles y condenado á Nestorio, el pueblo expresó su recocijo, y colmó á los obispos de bendiciones: estaba, pues, acostumbrado á dicha creencia, que en aquella época no podia reportar ninguna utilidad á los sacerdotes ni á los monjes; porque, segun la opinion de nuestros mismos adversarios, las devociones lucrativas se establecieron en siglos posteriores.

Aun cuando aquella devocion se hubiera aumentado despues del concilio de Éfeso, nada se inferiria de ello, porque cuando una práctica ha sido vituperada por los herejes y aprobada por la Iglesia á pesar de sus censuras, es natural que se haga mas comun y mas solemne, porque entonces se mira como una profesion de fe contra la herejia.

Los rumores de algunos devotos ignorantes contra la censura del libro de Maria de Agreda prueban aun menos; fué dictado por espíritu de partido, pues que su lectura habia sido ya prohibida en Roma; despues de aquella época nadie en Francia se volvió á acordar de las visiones y errores de Maria

de Agreda; la censura produjo su efecto, y no es cierto que la temeridad de los devotos haya sido incurable. Los doctores de la facultad de Paris siguieron al pié de la letra, en su censura, las reglas prescritas por Gerson, canceller de la Iglesia de Paris, en orden al culto de la Santísima Virgen. Petavio, *Incar.*, l. 14, c. 8, n. 9 y 10.

Habrán vicios, dice un autor antiguo, mientras haya hombres; lo mismo sucede con los errores y abusos; pero ninguno se podrá establecer por largo tiempo en la Iglesia católica, porque está siempre solícita en condenarlos. En las sectas separadas de ella, los errores y los abusos son incorregibles, pues que nadie tiene derecho á remediarlos.

En vez de las pretendidas supersticiones de la Iglesia romana, se han visto nacer entre los protestantes las impiedades de los socinianos, de los anabaptistas, de los libertinos ó anomianos, de los tembladores, el déismo, el espinosismo, el ateísmo, etc.

Marias (tres). Se conocen bajo este nombre tres personas de que se habla en el Evangelio, á saber: Maria Magdalena, Maria, hermana de Lázaro, y la pecadora de Naim, que derramó el perfume sobre los piés de Jesucristo en casa de Simon el Fariseo. La cuestion está en saber si son tres personas diferentes, ó si es la misma designada con distintos caracteres. Dom Calmet, en una *Disertacion sobre esto*, *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 331, despues de haber expuesto los diversos pareceres y las pruebas en que los Padres, los comentadores y los críticos se han fundado, concluye diciendo que la cuestion es casi interminable; no obstante se inclina al parecer de los que distinguen las *tres Marias*, y ateniéndose al texto del Evangelio, es la opinion que parece mas probable. Véase la *Disertacion sobre la Magdalena*, por Mr. Anquetin, cura de Lyon, in 4^o, 1699.

Maristas ó hermanos menores de Maria. Nueva congregacion que se consagra á la instruccion primaria en las diócesis de Belley y de Lyon, supliendo así á los hermanos de las escuelas cristianas que no pueden ir por todas partes. Los *maristas* se dedican asimismo á la obra de las misiones, y la santa sede les ha señalado la Oceania occidental, en donde evangelizan con buen éxito. Hay tambien hermanas maristas.

Maronitas. Cristianos del rito sirio, que están sometidos á la Iglesia romana; habitan principalmente el monte Libano y las montañas de la Siria. Su nombre sirve para distinguirlos de los sirios jacobitas y cismáticos.

No están acordes las opiniones con respecto á su origen. Ellos por su parte creen que su cristianismo cuenta de fecha desde los tiempos apostólicos, y que en él han perseverado sin interrupcion; que han tomado su nombre del célebre anacoreta san Maron, que vivia á fines del siglo IV, cuya vida escribió Teodoreto, y cuyo monasterio fué fundado al principio del V en la diócesis de Apamea, cerca del rio Oróntes. El sabio *maronita* Fausto Nairon, profesor de lengua siria en el colegio de la *Sapiencia* en Roma, trata de demostrarlo en una disertacion impresa en 1679, y en otra obra intitulada *Euoplia fidei catholice*, publicada tambien en Roma en 1694. Pero Assemani, otro *maronita* no menos sabio, pretende que no hay vestigios del nombre de *maronita* antes del siglo XII, que trae su origen de Juan Maron, patriarca sirio, y del monasterio de S. Maron situado cerca de Apamea. *Bibliot. orient.*, t. 1, p. 507.

En efecto, está probado que en el siglo IV, y tambien á mediados del V, los libanitas ó habitantes del monte Libano aun eran idólatras, y que fueron convertidos al cristianismo por las exhortaciones de S. Simeon Estylista, muerto el año 459. Hasta fines del siglo VII no se ve que tengan relacion alguna con el monasterio de S. Maron, que estaba bastante distante de ellos. Habiendo entrado por entonces en Siria el ejército del emperador de Constantinopla, destruyó aquel monasterio; uno de los monjes, llamado Juan Maron, escribió un libro titulado *Libellus fidei ad Libanitos*, en el cual combatió los errores de los nestorianos y de los eutiquianos que entonces infestaban aquellos pueblos. Como era obispo, instruyó y gobernó á los libanitas hasta su muerte, acaecida el año 707, y parece que desde esta época se llamaron *maronitas*. Puede ser, sin embargo, que esta palabra siria haya significado en un principio *montañeses*, pues que hay un monte *Maurus*, que forma parte de la cadena del Libano. Volney, en su *Viaje á Siria y á Egipto*, refiere la historia de los *maronitas*, con algunas circunstancias diferentes; pero en el fondo está conforme con lo que acabamos de decir, tom. 2, c. 24, § 2.

Está probado además que á mediados del siglo VIII los *maronitas* del monte Libano estaban preocupados con el error de los monotelitas; pero en el año 1182 abjuraron esta herejia en manos de Aimerico, patriarca de Antioquia. Desde entonces muchos se adhirieron al cisma de los griegos; y por último en el siglo XVI, bajo Gregorio XIII y Cle-

mente VIII, se reunieron á la Iglesia romana, y perseveran en su sumision á la santa sede.

Aunque muchos de sus antiguos libros hayan sido corrompidos por los sirios jacobitas, han conservado sin embargo muchos que están absolutamente exentos de error. Se sirven de las mismas liturgias que los jacobitas, porque no han sido alteradas. Le Brun, *Explic. de las cerem. de la misa*, t. 4, p. 625 y siguientes. Su profesion de fe se halla en el tomo 3º de la *Perpetuidad de la fe*, l. 8, c. 16.

Su patriarca toma el nombre de patriarca de Antioquia y reside en *Canobin* ó *Canubin*, nombre derivado del griego *cænobium*, monasterio. Este se halla situado en el monte Líbano, á diez leguas de la ciudad de Tripoli en Siria. La eleccion de este patriarca se hace por el clero y por el pueblo, segun la antigua disciplina de la Iglesia: tiene á sus órdenes algunos obispos que residen en Damasco, en Alepo, en Tripoli, en la isla de Chipre y en algunos otros lugares donde hay *maronitas*.

Los eclesiásticos que no son obispos pueden todos casarse antes de su ordenacion, pero si la mujer muere, no pueden volver á casarse sin ser degradados. Los monjes son pobres, retirados en lo mas recóndito de las montañas; trabajan con sus manos, cultivan la tierra, y jamás comen carne; se dice que no hacen votos, pero esto no está conforme con la antigua disciplina de los monjes orientales; siguen la regla de S. Antonio.

Los sacerdotes *maronitas* no dicen la misa en particular, excepto en ciertos casos; la dicen todos juntos y reunidos alrededor del altar; asisten al celebrante, quien les da la comunión. Su liturgia está en sirio, pero leen la Epistola y el Evangelio en alta voz y en lengua árabe. Los seglares observan la cuaresma, y en los dias de ayuno no principian á comer hasta dos ó tres horas despues de ponerse el sol. Tienen otras muchas costumbres, sobre las cuales se puede consultar la relacion del P. Dandini, jesuita, que fué enviado cerca de ellos por Clemente VIII para informarse de su verdadera creencia. Esta relacion escrita en italiano ha sido traducida al frances con notas críticas por R. Simon, en las cuales hace notar algunos descuidos del P. Dandini; pero el abate Renaudot nos advierte que ninguna de estas autoridades es infalible.

Los *maronitas* tienen en Roma un colegio ó seminario fundado expresamente para ellos por Gregorio XIII, y ha producido hombres

célebres. De esta escuela ha salido Abraham Echellensis y MM. Assemani, con cuyas investigaciones y trabajos se ha enriquecido la literatura oriental, principalmente con la inmensa recopilacion de autores que el último ha hecho conocer en su *Biblioteca oriental*, en 4 vol. en folio, impresa en Roma en 1719.

Un viajero francés, que ha visto las montañas de Siria, hace diez años, dice que los *maronitas* solo tienen por objeto de estudio la Escritura Sagrada y su catecismo, pero que son de buena fe, de buenas costumbres y muy sumisos á la Iglesia romana; que son laboriosos, que su industria y la de los drusos ha fertilizado el terreno de las montañas de Siria, formando de ellas un jardin muy agradable. Añade que la religion católica ha hecho muchos progresos en la Siria, en Damasco y en el sudoeste de las montañas, donde los herejes y los cismáticos eran en otro tiempo en mayor número. Las misiones las hacen en aquel pais los capuchinos, los menores observantes del convento de Jerusalen, los carmelitas descalzos de Tripoli y del monte Carmelo. Este mismo viajero hace justicia á su celo, á sus trabajos y á los progresos que obtienen. *Viaje de M. de Pagès*, t. 4, p. 352, etc.

Volney, que permaneció durante ocho meses entre los *maronitas* en 1684, da el mismo testimonio respecto á su religion y á sus costumbres. *Viaje á Siria y á Egipto*, t. 2, p. 8 y sig. Con ese motivo hace notar la diferencia que produce la religion en las costumbres, en la condicion y en el destino de los pueblos, comparando el estado de los *maronitas* con el de los turcos. *Ib.*, c. 4, p. 432.

Puesto que los *maronitas*, á pesar de los errores en que han caido en diferentes épocas, han conservado las mismas liturgias y los mismos libros que tenían antes del cisma de los jacobitas, que fué en el siglo V, y que en el dia se sirven de ellos, es un monumento incontestable de la creencia que por entonces se seguia en la Iglesia oriental. Porque aquellos libros contienen los mismos dogmas y las mismas prácticas que sigue la Iglesia romana, y que los herejes se atreven á tomar hoy como novedades introducidas en Occidente por los papas. V. SIRIOS.

* **Martinistas Franceses.** Martinez Pascalis, portugués de nacion, muerto en Santo Domingo en 1799, hallaba en la cabala judáica la ciencia que nos revela todo lo que concierne á Dios y á las inteligencias creadas por él. Admitia la caida de los ángeles, el Verbo reparador, la divinidad de las santas

Escrituras. Cuando Dios crió al hombre, decía Martinez, le dió un cuerpo material: *antes* (es decir, *antes de su creacion*) el hombre tenia un cuerpo elemental. El mundo tambien estaba en estado de elemento. Dios coordinó el estado de todas las criaturas físicas al del hombre.

Martinez fué el primer maestro de *Saint-Martin*, nacido en Amboisa en 1743, alternativamente abogado y oficial, muerto cerca de Paris en 1804. *Saint-Martin* toma el título de *filósofo desconocido* en muchas de sus obras. Seria difícil presentar el resumen de sus ideas y el cuerpo de su doctrina. Sus discipulos niegan la facultad de conocerlo, al que no esté iniciado en su sistema, y los hay que no lo están sino en primer grado, otros en segundo y tercero. Pero si el sistema del maestro es tan interesante y ventajoso á la humanidad como ellos pretenden, ¿por qué no lo ponen al alcance de todo el mundo? Es permitido poner en duda la importancia y las ventajas de un sistema que no se humilla á la inteligencia vulgar; porque, en materia de religion y de moral, está en la bondad de Dios y en el órden esencial de las cosas, que lo que es útil á todos, sea accesible á todos. Finalmente *Saint-Martin* ha dicho: « Solo el desarrollo radical de nuestra esencia intima puede conducir al espiritualismo activo. » Si entre muchas personas no se ha obrado aun este desarrollo radical, no es asombroso que estén muy distantes del *espiritualismo activo*, y que no siendo aun mas que *hombre de torrente*, no puedan comprender el *Hombre de deseo* (título de una obra de *Saint-Martin*). Este iluminado ha escrito el *Hombre nuevo*, á instigacion de un sobrino de Swedemborg, y traducido varios escritos del visionario Bahm.

* **MARTINISTAS RUSOS.** La conformidad de los dogmas de los *martinistas franceses* con los de una secta que nació en la universidad de Moscou á fines del reinado de Catalina II, y que tuvo por jefe al profesor Schwartz, ha hecho dar el nombre de *martinistas* á los miembros de aquella secta. Fueron desde luego numerosos, pero habiendo traducido al ruso algunos de sus escritos y tratado de propagar su doctrina, muchos bajo el reinado de Pablo I fueron aprisionados, pero despues se les dió libertad. Al presente están reducidos á un pequeño número. Profesan un gran respeto á la palabra divina, que no solo revela la caida y la libertad del hombre, sino tambien, segun ellos, contiene los secretos de la naturaleza; asi es que buscan en la Biblia por todas partes sentidos

místicos. Admiran á Swedemborg, Bahm, Ekartshausen, etc. Recogen los libros mágicos y cabalísticos, las pinturas jeroglíficas, emblemas de las virtudes y de los vicios, y todo lo que pertenece á las ciencias ocultas.

* **MARTINISTAS.** Se puede tambien dar este nombre á los partidarios de Tomás Martin, labrador de la Beauce, que admitido cerca de Luis XVIII le reveló, segun se asegura, hechos que solo aquel principe creia saber, y cuya comunicacion sobrenatural decia Martin que habia recibido por medio de un ángel. Personas graves dieron fe á la mision de aquel profeta, que despues de la revolucion de 1830 se desacreditó con predicciones que los acontecimientos no cesaron de desmentir. Tomás Martin murió despues de haber destruido así las ilusiones que habia hecho nacer.

Mártir. Este nombre significa *testigo*; designa un hombre que ha sufrido suplicios y tambien la muerte, para dar así testimonio de la verdad de la religion que profesa. Se da por excelencia á aquellos que han sacrificado su vida para atestiguar la verdad de los hechos sobre que el cristianismo está fundado.

Encargados los apóstoles de predicar el Evangelio, les dijo Jesucristo: « Sereis mis *testigos* en Jerusalem, en toda la Judea y la Samaria, hasta las extremidades de la tierra. » *Act.*, 1, 8. Les habia ya dicho: « Os atormentarán y se os quitará la vida, y sereis odiosos á todas las naciones á causa de mi nombre, *Math.*, xxiv, 9; no temais á aquellos que pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma... Si alguno me confiesa ante los hombres, yo lo confesaré ante mi Padre que está en el cielo; pero si alguno me reniega ante los hombres, lo renegaré ante mi Padre. » x, 28 y 32. Por donde concluye Tertuliano que la fe cristiana obliga al martirio, *fidem martyrii debitoricem*. Se sabe con qué profusion ha sido derramada la sangre de los cristianos por los paganos, por espacio de cerca de trescientos años.

Como el testimonio de los *mártires* es una prueba invencible de la verdad de los hechos en que nuestra religion está fundada, sus enemigos han hecho los mayores esfuerzos á fin de refutarla. Sostienen: 1º Que el número de los *mártires* ha sido mucho menor que el que suponen los escritores eclesiásticos y los compiladores de los martirologios. 2º Que no es cierto que se haga sufrir á los *mártires* los tormentos tan horribles que se refieren en sus actas. 3º Que la mayor parte han sido condenados á muerte, no por su religion, sino

por los crímenes de que eran culpables, por que eran turbulentos, sediciosos, animados de un falso celo y perturbadores del reposo público. 4º Que su valor no ha tenido nada de sobrenatural, pues era un efecto del fanatismo de los cristianos y de su obstinacion. 5º Que aquel valor no prueba nada, pues que hasta las religiones mas falsas han tenido sus mártires. 6º Que el culto que se rinde á los mártires y á sus reliquias es supersticioso, y que ha sido el origen de muchos abusos.

Para refutar todos los errores de los herejes y de los incrédulos, preferiremos el testimonio de los autores paganos al de los escritores eclesiásticos, y haremos ver que los últimos no han dicho nada que no haya sido confirmado por sus enemigos.

I. *Del número de los mártires.* Se cuentan diez y nueve mil setecientos que sufrieron en Lyon con S. Ireneo, bajo el imperio de Severo; seis mil seiscientos sesenta y seis soldados de la legion tébana, muertos por las órdenes de Maximiano. Sozomeno dice que en la Persia perecieron doscientos mil bajo Sapor II, de los cuales diez y seis mil eran conocidos; la matanza continuó bajo Isdegerde ó Jezdegerd y bajo Behram, sucesores suyos. El P. Papebroquio, en las *Acta Sanctorum*, cuenta diez y seis mil mártires abisinios y una multitud en los demás países del mundo.

Dodwel, en una disertacion que acompaña á las obras de S. Cipriano en la edicion de Inglaterra, trata de demostrar que todo esto son exageraciones, que el número de los mártires que padecieron la muerte en la extension del imperio romano ha sido mucho menor de lo que se piensa. Bayle y los demás incrédulos no han dejado de aplaudir su trabajo y de confirmar su opinion con sus sufragios.

La mas fuerte de sus pruebas es un pasaje de Orígenes, l. 3, *contra Celso*, n. 8, donde dice que « se puede averiguar fácilmente el número de los que han muerto por la religion cristiana, porque ha sido muy corto y por intervalos, no queriendo Dios que aquella raza de hombres fuese enteramente destruida. » Dodwel recorre en seguida las diferentes persecuciones que ha sufrido la Iglesia cristiana bajo Neron, bajo Domiciano y bajo los emperadores sucesivos. Dice que la mayor parte de aquellas borrascas tuvieron solo lugar en algunos puntos, y que hubo largos intervalos de tranquilidad; que muchos emperadores fueron de un carácter muy dulce, y mas inclinados á favorecer el cristianismo que á perseguirle. Trata de atenuar las expresiones de los autores cristianos ó paganos

que han hablado de la multitud de sacrificios cometidos en las diferentes épocas.

Dom Ruinart, en el prefacio que pone á la cabeza de su coleccion de las *Actas auténticas de los mártires*, ha refutado á Dodwel, y no sabemos que haya habido alguno que se haya atrevido á atacar las pruebas que le opone: sin sujetarnos á copiarlas, haremos algunas reflexiones.

Seria desde luego de desear que nuestros adversarios se hubiesen puesto mejor de acuerdo. Pretenden que en los primeros siglos la mayor parte de los cristianos corrian al martirio, que era un fanatismo epidémico inspirado por los PP. de la Iglesia, que los cristianos eran sediciosos y turbulentos, iban á insultar á los magistrados, á turbar las ceremonias paganas, á provocar la crueldad de los verdugos; han presentado las razones, ó mas bien, los pretextos por que se les perseguia á muerte; han hecho la apologia de la crueldad de los perseguidores, y en seguida vienen gravemente á decirnos, que á pesar de esto no se ha martirizado sino á un pequeño número de cristianos. En este caso los emperadores, los gobernadores de provincia y los magistrados eran unos insensatos que se dejaban insultar, sufrían que se turbase impunemente el orden público, y no hacian caso de los gritos tumultuosos del pueblo, que pedia que los cristianos ateos, impíos y malvados fuesen exterminados. Hé aqui un fenómeno bien singular.

Se sabe tambien á qué atenerse sobre la dulzura, la policia y el buen orden que reinaba entre los romanos; si hubo jamás monstruos de crueldad fueron Neron, Domiciano, Calígula, Maximiano, Maximino, Licinio, etc. Los emperadores mismos, cuya clemencia se nos alaba, daban la mayor libertad á los gobernadores de provincia; y estos, para hacerse agradables al pueblo, le permitian saciar su furor contra los cristianos. Vemos por la carta de Plinio á Trajano, que no habia regla alguna establecida para los juicios, ni limite fijo para los suplicios que se les hacian sufrir. De nada sirve pues el saber el número de las persecuciones ordenadas por edictos, pues que en los intervalos sufrieron la muerte un número considerable de cristianos.

Se abusa evidentemente del pasaje de Orígenes, y se afecta suprimir las últimas palabras que determinan el sentido; ellas prueban que el número de los mártires fué poco considerable en comparacion de los cristianos que quedaron, no queriendo Dios que aquella raza de hombres fuese enteramente destruida; no se sigue de esto que el número no fuese

grande. Por otra parte Orígenes escribia antes del año 250, muchos años antes de la persecucion de Decio; y fué durante los sesenta años siguientes cuando la matanza se hizo mas general. Orígenes, que vivia en la Palestina, no podia saber el número de los mártires que habian sufrido en el Occidente. Preveia él mismo que la tranquilidad de que gozaban entonces los cristianos no podia durar. *Ibid.*, l. 3, n. 14.

Pero son necesarias pruebas positivas, y no las podemos buscar mas sólidas que las conjeturas de Dodwel.

En el primer siglo el martirio de S. Pedro, de san Pablo, el de los dos Santiagos, de S. Esteban y de S. Simeon están probados, ó por las Actas de los Apóstoles, ó por los escritos de los mas antiguos PP. S. Clemente de Roma, despues de haber hablado de la muerte de S. Pedro y de S. Pablo, dice: « Estos hombres divinos han sido seguidos por una gran multitud de elegidos, que han padecido los ultrajes y los tormentos para darnos el ejemplo. » *Epíst.* 1, n. 6. S. Policarpo, en su *Carta á los Filipenses*, les propone tambien el ejemplo de los bienaventurados Ignacio, Zozimo y Rufo, tambien el de S. Pablo y el de los demás apóstoles que están con el Señor, con el cual han padecido, *cum quo et passi sunt*. S. Clemente de Alejandria, *Strom.*, l. 4, c. 5, dice que los apóstoles han muerto como Jesucristo, para las Iglesias que habian fundado. Los que han escrito que el martirio de la mayor parte de los apóstoles no es cierto, están muy mal informados.

Tácito, *Anal.*, l. 15, c. 44, nos enseña que « Neron hizo morir por suplicios refinados á hombres detestados por sus crímenes, y que el vulgo llamaba cristianos. Su supersticion, dice, ya reprimida antes, pululaba de nuevo. Se castigó desde luego á aquellos que se confesaban cristianos, y por su confesion se descubrió una gran multitud, multitud *ingens*, que fueron menos convencidos de haber dado fuego á Roma, que de ser odiados del género humano. » Tendremos ocasion de citar mas de una vez este pasaje.

Para eludir la fuerza de esto, dice Dodwel que aquella persecucion no tuvo lugar fuera de Roma. ¿Cómo pues Tácito sabia que los cristianos eran detestados del género humano, si solo se les perseguia en Roma? No fué allí donde todos los apóstoles y los demás discípulos del Salvador padecieron la muerte. Segun Tácito, aquella supersticion habia sido reprimida antes; habla evidentemente del edicto por el cual Claudio, predecesor de Neron, habia desterrado de Roma á

los judíos que, segun Suetonio, se agitaban á instigacion de Cristo, *impulsore Christo*....

En el siglo II, Plinio escribió á Trajano que si se proseguia en castigar á los cristianos, una infinidad de personas de todas edades, sexos y condiciones se verian en peligro, porque le habian entregado un número considerable de ellos, y se habia propagado aquella supersticion por las ciudades y campiñas. Trajano le respondió que no se debe buscar á los cristianos, pero que si son acusados y convencidos, se les debe castigar. *Plin.*, l. 10, *Epíst.* 97 y 98. Este principe tan benigno no se admira de la multitud de los que perecieron, y nosotros podemos juzgar si se cesó de llevar ante el tribunal de Plinio hombres detestados del género humano, el cual atestigua sin embargo que no los ha hallado capaces de crimen alguno.

Los fieles de Esmirna se excitaban al martirio, á ejemplo de su obispo S. Policarpo; él mismo les habia dado esta leccion, la cual no hubiera sido necesaria, si no hubiese sido mas que un escaso número de cristianos el que allí padeció, y si no hubiesen estado todos en peligro. *Carta de la Iglesia de Esmirna*, n. 16 y 18.

La *Crónica de los Samaritanos* dice que Adriano, sucesor de Trajano, hizo morir en Egipto un gran número de cristianos. Celso, que escribia bajo Marco Aurelio, nos enseña que la persecucion duraba aun bajo aquel reinado. Orígenes *contra Celso*, l. 8, c. 39, 43, 48, etc. Un cronologista judío lo confirma, y habla tambien del reinado de Cómodo. Si los suplicios no hubiesen continuado bajo los Antoninos, ¿S. Justino y Atenágoras se hubieran atrevido á quejarse á ellos de que no usaban con los cristianos de la justicia que ejercian con todos los demás hombres?

Dodwel pretende que Atenágoras no habla de muertes ni de suplicios, sino solamente de vejaciones, de destierros y de penas pecuniarias. No se ha dignado leer el texto. « Os suplicamos, dice Atenágoras, que no consintais que unos impostores nos quiten la vida. Despues de habernos despojado de nuestros bienes, á los cuales renunciamos voluntariamente, quieren además nuestros cuerpos y nuestra vida, etc. » *Legatio pro christ.*, n. 4. ¿Qué prueban la filosofia de aquellos principes, sus virtudes y su pretendida dulzura?

El siglo III ofrece escenas mas sangrientas. Sin hablar del carácter feroz y sanguinario de Septimio Severo, de Caracalla, de Helio-gábalo y de Maximino, los que fueron menos crueles no dejaron de maltratar á los cristianos. Lampridio refiere que Alejandro Severo

quiso fundar un templo á Jesucristo, pero que le disuadieron de ello, representándole que si lo hacia, todo el mundo abrazaria el cristianismo, y que todos los demás templos quedarian desiertos: en consecuencia de esto, Eparciano escribió que aquel emperador dejó en libertad á sus súbditos de abrazar el judaísmo ó el cristianismo. Sabido es de qué disturbios fué seguido su reinado, y de qué manera Maximino, su sucesor y su enemigo, trató á los cristianos. Entonces fué cuando Origenes escribió su *Exhortacion al martirio*, á fin de animar á los fieles. El mismo fué atormentado durante la persecucion de Decio, y su muerte acaecida tres ó cuatro años despues, fué una consecuencia de lo que habia padecido en su prision.

Se dirá sin duda que la historia de aquella persecucion trazada por Eusebio, *Hist. ecl. l. 6, c. 39 y sig.*, exagera los hechos; pero cita testigos oculares de lo que refiere. Una gran parte de los cristianos de Egipto huyeron á la Arabia, otros se salvaron en los desiertos, y allí perecieron de miseria, otros fueron condenados á muerte por los jueces, y una gran parte fueron hechos pedazos por los paganos furiosos, etc. De aquí puede inferirse lo que sucederia en las demás provincias del imperio. Los edictos de Decio no fueron revocados por los emperadores siguientes.

Hacia el fin de aquel siglo, y al principio del cuarto, la persecucion declarada por Diocleciano duró diez años sin descanso, y fué mas sangrienta que todas las demás. Mucho le costó á aquel príncipe el resolverse á ella, pues decia que era peligroso turbar el universo y derramar sangre inútilmente; que los cristianos morian contentos. Cedió sin embargo á los deseos de Maximiano, su colega, y publicó tres edictos consecutivos. El primero ordenaba destruir todas las iglesias, buscar y quemar los libros cristianos, privarles tambien de toda dignidad, y reducirlos á la esclavitud; el segundo queria que todos los eclesiásticos fuésen presos y obligados por todos los medios á sacrificar; el tercero ordenaba que todo cristiano que rehusara el sacrificar fuese atormentado con los mas crueles suplicios. Eusebio y Lactancio hacen mencion de una ciudad de Frigia enteramente cristiana, que fué acometida á sangre y fuego, haciendo perecer á todos los habitantes.

De tal modo quedaron satisfechos aquellos dos emperadores del exceso de matanza, que en las inscripciones y medallas se vanagloriaron de haber exterminado el cristianismo;

nomine christianorum deleta; superstitione Christi ubique deleta. Hé aqui con cuánta razon los autores eclesiásticos ha llamado al reinado de Diocleciano la *era de los mártires*.

Pero aquellos príncipes en vano se daban el parabien de su triunfo. Maximiano Galero y Maximiano Hércules, herederos de su furor contra el cristianismo, despues de haber renovado los edictos, y hecho continuar los homicidios, se vieron obligados á cesar, porque, decian ellos, un gran número de cristianos persisten en sus sentimientos, y no hay medio alguno de vencer su obstinacion. Lucius Cecil., *de Morte persec.*, n. 34; Eusebio, *l. 9, c. 4*. En fin, en el año 311, Constantino y Licinio confirmaron la tolerancia del cristianismo por un edicto.

Se nos quiere persuadir de que Juliano, contento con vejar á los cristianos, no hizo morir á ninguno; pero se olvida que dió libre curso al odio y al furor de los paganos. Estos, para vengarse de que, bajo los reinados de Constantino y de Constancio, muchos de sus templos fueron destruidos, llevaron la rabia hasta comer las entrañas de muchos cristianos. Los de Gaza, despues de abrir el vientre á los sacerdotes y á las vírgenes, mezclaban con cebada sus entrañas, y las arrojaban á los puercos. Juliano, lejos de oponerse á aquellos actos de barbarie, castigó á los gobernadores que se opusieron á ellos. *Mem. de la Acad. de las Inscrip.*, t. 70, en 12^o, p. 266 y siguientes.

Hacia el fin del IV siglo, y al principio del V, fué cuando Sapor, Jezdedgerd y Behram, reyes de Persia, resolvieron exterminar de sus estados á los cristianos, y hacerlos perecer á millares.

Quisiéramos saber qué pruebas positivas y qué monumentos se pueden oponer á lo que acabamos de alegar, qué razones para recusar las actas, los sepulcros de los mártires, y el testimonio de los escritores eclesiásticos, muchos de los cuales han sido contemporáneos y bien instruidos de los hechos que refieren. Mosheim, muy conocedor de estas pruebas, conviene en que el número de los mártires ha sido mucho mas considerable de lo que supone Dodwel; pero piensa que ha sido mucho menor de lo que dicen los martirologios. *Hist. christ.*, sec. 1, § 33. La cuestion está en fijar su número. Con pruebas acabamos de alegar lo que se debe juzgar acerca de ello.

II. *De la crueldad de los suplicios que se han hecho sufrir á los mártires.* Se puede formar una idea de ella, considerando el ca-

rácter sanguinario que habian contraído los romanos, acostumbrados á recrear su vista con la muerte de los gladiadores, á ver combatir á los hombres contra las fieras, á mirar con placer á un herido que moria con valor, á hacer perecer á miles sus prisioneros para honrar el triunfo de sus guerreros, á exterminar familias enteras para saciar su venganza: ¿eran, pues, accesibles á la compasion? No hacian mas caso de la vida de sus esclavos que de la de sus animales; sus mujeres se habian hecho tambien tan feroces como ellos. Juvenal les echa en cara su fiereza, y nos dice que su barbarie igualaba á su incontinencia.

Tácito, en el pasaje que ya hemos citado, dice que bajo Neron los cristianos fueron atormentados con suplicios muy escogidos, *exquisitissimis pœnis*; y hace la pintura de ellos. «De su muerte, dice, se hizo un juego; unos cubiertos con pieles de animales fueron devorados por los perros; otros, atados á estacas, fueron quemados para servir de antorchas durante la noche. Neron prestó sus jardines para aquel espectáculo, apareciendo él mismo en traje de cochero, y subido en un carro como en los juegos del circo.» Juvenal hace alusion á esto. *Sat. 1, v. 53*. Séneca se explica aun mas; habla del hierro, del fuego, de las cadenas, de las bestias feroces, de hombres abiertos en canal, de prisiones, de cruces, de caballetes, de cuerpos atravesados por estacas, de miembros dislocados, de túnicas empapadas de pez, y de todo lo que la barbarie humana ha podido inventar. *Epist. 14*. Plinio no nos dice con qué suplicios hacia perecer á los cristianos que rehusaban apostatar; pero dice que envió á la muerte á todos aquellos que perseveraron en la denegacion de adorar á los dioses, y que hizo atormentar á dos mujeres que se decia ser dos diaconisas, para saberlo que pasaba en las asambleas de los cristianos, *l. 10, Epist. 97*.

Celso echa en cara á los cristianos que cuando los prendian eran condenados al suplicio, puestos en cruz, y que antes de hacerles morir se les hacia sufrir todo género de tormentos. *Orig. contra Celso*, l. 8, n. 39, 43, 48, etc.

Libanio dice que cuando Juliano llegó al imperio, «aquellos que seguian una religion corrompida temian mucho; esperaban que se les arrancarian los ojos, que se les cortaria la cabeza, y que se verian correr rios de su sangre; creian que aquel nuevo señor inventaria otros tormentos mas crueles que ser mutilado, majado, ahogado, enterrado

vivo, porque los emperadores precedentes habian empleado contra ellos estas clases de suplicios..... Juliano convencido, dice, de que el cristianismo tomaba incremento por la carniceria de sus secuaces, no quiso emplear contra ellos castigos que no podia aprobar.» *Parentali in Julian.*, n. 58.

Este mismo hecho está confirmado por el tenor de los edictos contra los cristianos; se dejaba el género de suplicio á discrecion de los gobernadores de provincia y de los magistrados, los cuales decidian, segun el grado de su odio y de su crueldad personal, y tambien segun el mayor ó menor furor que el pueblo manifestaba contra los mártires.

Nuestros adversarios pueden decir cuanto gusten, que S. Lorenzo asado en unas parrillas, S. Ramon á quien se arrancó la lengua, santa Felicidad y santa Perpetua expuestas á las fieras en el circo, y otros á quienes se arrancó las entrañas con peines de hierro, etc., son fábulas de la *Leyenda dorada*. Los autores paganos que acabamos de citar no estaban interesados ni en alabar la constancia de los mártires, ni en exagerar la crueldad de los perseguidores. San Clemente, Tertuliano, S. Cipriano, Eusebio, los demás historiadores y los redactores de las *Actas de los mártires* no han dicho mas que los enemigos declarados del cristianismo; y esto es bastante para convencernos de que no se han equivocado en atribuir el valor de los mártires á un valor sobrenatural, y muchas veces milagroso.

Como se prueba por la historia que los reyes de Persia eran aun mas crueles que los emperadores romanos, no deben sorprender los horribles tormentos referidos en las *Actas de los mártires de la Persia*, y que se renovaron en el último siglo para con los mártires del Japon.

Si se quiere consultar el *Espíritu de los usos de los diferentes pueblos*, l. 13, se verá que la crueldad de los suplicios ha sido casi la misma en todos los siglos y en las diferentes naciones, y que no es necesario juzgar de las costumbres del mundo por las nuestras.

III. *¿Cuál es la verdadera razon por la cual los mártires han sido condenados á muerte?* Es asombroso que los incrédulos modernos sean mas injustos para con los mártires que lo han sido los perseguidores; estos no acusaron á los cristianos de otro crimen que de impiedad y supersticion, de no querer adorar á los dioses, sacrificar á los ídolos, y de ser obstinadamente adictos á la nueva religion que habian abrazado. Hoy se atreven á